

HABÍA QUE CRUZAR EL BOSQUE

La lluvia fuerte no dejó de caer en toda la noche, solo cuando las primeras luces hicieron visibles las casas el torrente amainó, el olor a estiércol mojado y a rescoldos apagados impregnó el aire.

Bran comprobó su equipaje, en el saco llevaba algo de ropa, un trozo de pan y queso, una garrafa con agua y el paraguas.

Cerró la puerta con sigilo y aguzó el oído para comprobar si su mujer y su hija dormían, ahogó un suspiro y avanzó mientras miraba furtivamente a uno y otro lado, se levantó las solapas de la chaqueta y pareció agradecer no cruzarse con nadie de la aldea.

Al llegar a las lindes que delimitaban la salida de la aldea de Doon, en el oeste de Irlanda, Bran disminuyó la marcha, se paró y volvió la vista atrás. Sus ojos escudriñaron cada casa, los graneros, los establos, la taberna, la iglesia, su casa... y la fábrica. Allí trabajaba y moría un poco cada día. Dentro de pocas horas sonaría la bocina y abriría sus puertas, trabajo y más trabajo.

Ni hoy, ni en muchos días me verán por ahí, pensó Bran con alivio. Descubrió su cabeza y arrojó la gorra tan alto como pudo, sus carcajadas acompañaron el trote que emprendió durante un rato.

Iba repasando su plan: cruzaría los acantilados de Moher, y salvaría las 125 ó 130 millas que le separaban de la desembocadura del río Shannon. Andaba tan concentrado que no se dio cuenta de la niña hasta casi toparse con ella. La esquivó como pudo, pero la niña avanzó hasta adelantarle y le esperó sentada en medio del camino sonriendo.

—¿Qué quieres pequeña? Déjame pasar.

—Quiero que juegues conmigo.

—Ja, ja, yo no tengo tiempo... ni ganas de juegos.

—¿Por qué no quieres jugar, es divertido?

—No me molestes, tengo cosas que hacer, —y siguió caminando.

—¿Qué cosas tienes que hacer?

—Cosas que a ti no te importan, endiablada niña...

Bran continuó su marcha, la pequeña saltaba alegremente detrás de él, canturreando. Al llegar a uno de los afluentes del Shannon, Bran se paró. Entonces la niña dijo:

—¿Me ayudas a cruzar el río?

—Ya te he dicho que me dejes tranquilo, vuelve a tu casa, ¿no ves como ha crecido? Tendré problemas para cruzarlo.

—Por favor no lo cruces y juega conmigo, podemos jugar a ser piratas y capturar botines.

—Ya basta, estás colmando mi paciencia.

—¿Es que no te gustan las aventuras?

—Pues claro que me gustan, pero las aventuras de verdad. ¿Por qué crees que estoy aquí?

—Vale, yo seré una princesa élfica, los vikingos me han capturado y tú me rescatarás.

—Pero bueno... ¿qué hago yo hablando contigo, mocosa? Voy a ignorarte a partir de ahora.

—Ayúdame a cruzar, insistió la niña.

Bran sin contestar empezó a cruzar el río por las enormes piedras. Estaban resbaladizas y el caudal del río lo hacía peligroso. Se volvió y vio a la niña descalzándose y metiendo los pies en el agua.

—Pero... ¿qué haces criatura? ¡Te vas a ahogar!

—Tengo que cruzar, vivo por allí enfrente.

—Dios mío, ¡pero si no levantas tres pies del suelo!, y tan delgaducha, te pareces a mi hija, eres testaruda, aunque irradian la misma luz.

—¿Tienes una hija? ¿Cómo se llama? ¿Crees que querría jugar conmigo?

—Se llama Aileen.

Bran cogió en brazos a la pequeña y empezó a cruzar el río, se escurrió y a punto estuvieron de caer al agua, la niña riendo dijo:

—Qué divertido es este juego, ¿juegas mucho con tu hija?

—No, no tengo tiempo, yo no quiero jugar, yo quiero vivir esas aventuras, conocer nuevos lugares, no volver a sentir el frío de estas tierras, olvidarme de mi vida, gris y rutinaria, librarme de las ataduras, ya está, eso es lo que quiero.

Por fin cruzaron el río, Bran depositó a la niña en el suelo y continuó por el sendero. El escaso sol del mediodía y el esfuerzo de la marcha le hicieron despojarse de su chaqueta y su caminar se hizo más cómodo. Al pie de un roble vio a una muchacha, recostada en el amplio tronco, mirando al cielo. Al llegar a su altura la chica levantó la cabeza y le llamó:

—Señor, ¿tendría un poco de agua para mí?

Bran miró la garrafa y le dijo:

—Claro, beba..., beba cuanto quiera, todavía queda mucha, aunque el camino es largo.

—Gracias está deliciosa, ¿vio que día más hermoso?

—No está mal, aunque espero tenerlos mejores, contestó Bran.

—Oh ¿Cuál puede ser mejor que éste? ¿Acaso no tiene ojos para ver lo hermoso que está el bosque? ¿O no tiene nariz para aspirar los aromas que desprenden los helechos y los narcisos?

—A mí eso me tiene sin cuidado, yo estoy harto de nieblas, turberas, montañas herbosas y olor a lluvia.

—En cambio yo no necesito ninguna otra cosa, nada me parece mejor.

—¿Pero cómo puede decir eso? Usted es joven, ¿no siente curiosidad?, hay otro mundo, menos hostil, con otra gente, todo por descubrir...

—No sé... si me fuera, perdería lo que tengo ahora, no podría disfrutar de la paz del bosque, tampoco sentiría la tibieza de este sol en el rostro, cuando despeja la niebla, ni podría observar a los tejones y las nutrias, ni reír con las acrobacias de la ardilla roja, no vería los fresnos, los tilos, enebros, o los avellanos, cargados de frutos en otoño.

—Bah, ¿no está cansada de todo eso? Piense en las grandes ciudades, colmadas de vida, amplias calles, llenas de lugares de diversión, luces y comida, y si prefiere sol y calor, vaya al sur, hay playas de aguas cálidas, donde siempre es verano.

—Creo que me sentiría muy pequeña en esas grandes ciudades, tan fuera de lugar como una nutria en el desierto, lejos de mis amigos, de mis raíces.

—No diga tonterías. ¿No siente la opresión de esta tierra, los largos inviernos, el frío que cala los huesos? Siempre he querido huir de esta vida.

Bran se dio cuenta de que estaba muy exaltado y se disculpó:

—Perdóneme, no quería incomodarla, debo continuar.

Siguió caminando hasta bien caída la tarde, el camino continuaba atravesando el bosque, Bran deseó dejar de ver otra cosa que no fueran árboles. Le dolían los pies y las piernas y además tenía hambre. Decidió descansar un rato, dejó el camino y se cobijó al abrigo de las copas de los árboles, hinchadas por la llegada del verano. Una vez quitadas las botas, se masajeó los pies, y se tumbó en la hierba. Debió quedarse dormido, ya que estuvo largo rato con los ojos cerrados. Cuando la luz se estaba tornando violeta y el bosque despertaba con los ruidos de los pequeños animales que lo habitaban, Bran despertó y encontró a su lado a un viejo que le miraba distraído.

“Por Dios, qué hace usted aquí, ¿Qué quiere?”, inquirió Bran, poniéndose de pie de un salto, con tan mala suerte que pisó una piedra y se torció el tobillo. El viejo reía de buena gana. Bran se puso muy serio, obligando al viejo a explicarse:

—Vamos, no se enfade..., amigo, solo quiero charlar un rato, soy buen contador de historias y espero que usted me cuente alguna...

Bran todavía dolorido, pensó: ¡solo faltaba este viejo para amargarme del todo!, y con tono hosco, le dijo:

—Historias..., historias..., yo no tengo historias.

—Estoy seguro que sabe alguna, ahora es el mejor momento de contarlas, al caer la noche, es cuando más impresionan, incluso pueden asustar, pero siempre son cálidas e íntimas, logran unir las almas y a veces también los cuerpos. —El viejo volvió a reír.

Bran sintió frío y se acordó del calor de su casa, ahora su mujer estaría preparando la sopa y el pan frito para la cena, su hija frente al hogar palmoteando, y se vio a si mismo sentado junto a ella cantándole una de sus canciones favoritas. El viejo cortó sus pensamientos.

—¿Adonde se dirige?, me gustaría acompañarle.

—¿Acompañarme?, usted es un viejo, ya ha vivido la vida.

—Y tanto que la he vivido, cuan grande es el mundo, y que me dice de las mujeres, ¡Ah muchacho, que hermosas!, la más perfecta obra de Dios, tantas he conocido... ¡aja!, buena vida, y el viejo le guiñó un ojo.

—Yo en cambio solo he conocido una, la única, mi mujer...

—Ah, ya sé, vas buscando el calor del cuerpo de otras hembras, el deseo, la pasión tal vez, o quizá solo amor.

—No diga eso, yo la quiero, sabe..., claro que la quiero, pero estoy ahogado, necesito empezar a vivir.

—Ya, ya te entiendo, le contestó el viejo, pero hazme caso, date prisa, vive, descubre, siente, goza todo lo que puedas y echa raíces rápido, para sentirte arropado, es dura la soledad, hijo, más, cuando tu cuerpo achacoso, te recuerda los años que tienes.

Bran, pensó que el viejo era un estúpido, como podía decir esas cosas, pero le atraía hablar con él y pensó que antes había sido muy grosero.

—Mire viejo, yo solo quiero ganar dinero, experiencia, prosperar y después volveré, sí, volveré a por ellas, si... por mi mujer y mi hija y las enseñaré el mundo, disfrutaremos las buenas cosas de la vida.

—Date prisa muchacho, porque ella te extrañará cada noche, su cama estará fría, y tu hija también te echará de menos, es posible que cuando vuelvas, nada sea igual, ya me entiendes, otro puede calentar tu silla, y el viejo rió de nuevo.

—Tonterías, no puedo seguir aquí, me ahoga este pequeño mundo, en seis o siete días llegaré al estuario del Shannon, ¡el mar, la conexión con el atlántico! Zarparé en uno de los grandes barcos que van a América, solo pronunciar ese nombre hace girar mi cabeza. América... un país luminoso, con comida, con películas, allí todo es grande, todo esta ahí, para poder descubrirlo. Seré yo mismo, podré perderme entre la gente sin hablar y no seré raro por eso.

—Mala vida, la tuya, ¿no es cierto hijo? Preguntó el viejo.

Bran, asintió con la cabeza y dijo:

—Nací en 1922, yo fui el primero, luego vinieron tres más. Hambre, necesidad, mi padre alcohólico y mi madre con una sola meta, darnos educación, sabía que el conocimiento abriría nuestras mentes, trabajaba sin tregua. Ahora, veinte años después, no es mucho mejor. Hace cinco, conocí a mi “kiara”, nos enamoramos, teníamos hambre, poca paciencia. Ella pequeña y oscura, como el significado de su nombre, unida a mi prisa y voracidad... El deseo, el placer nos devoró por un tiempo, hasta el día en que ella llorando me contó lo de su embarazo. ¿Qué podíamos hacer? Nos casamos y nació la pequeña Aileen, un soplo de luz en nuestras vidas, pero nada cambia. ¿Sigo los pasos de mi padre?... no lo sé, necesito volar, mis huesos están rígidos por la humedad, y mis ojos están cansados de ver la noche, las cuatro horas que dura la luz del sol en el invierno las paso en la fábrica...

De nuevo el viejo le interrumpió:

—Vamos, déjame ver ese pie, ¡Aja, lo que suponía! Hay que vendarlo o no llegarás muy lejos, a cambio... ¿hay algo para calmar a esta fiera?, y masajeó su liso y reseco vientre.

—Yo puedo compartir contigo mi mejor tesoro —y sacó más de media botella de whisky.

—De acuerdo dijo Bran, tengo algo de queso.

—¡Ah una de las pocas buenas cosas de la vida!, llenar la tripa hablando con un amigo, a la luz de las estrellas. Brindo por ellas, —gritó el viejo, y empezó a cantar una antigua canción gaélica.

Bran, contagiado de su alegría, disfrutó el momento. El viejo vendó su pie, hablaron, rieron, lloraron, cantaron y la magia de la noche fundió sus almas.

Cuando despertó, tenía resaca, le dolía la cabeza y estaba desamueblada. Tardó un rato en comprender dónde estaba. Buscó al viejo para despedirse, pero no lo encontró.

Su pie estaba muy mejorado y unos pinchazos en los dedos le indicaron que la sangre circulaba normalmente. Caminó con su saco lleno de ilusiones, recuerdos, pesares, nostalgia e incertidumbres hasta que sus pies fueron los ejes de una máquina que se movía por la inercia, con un solo fin, caminar... caminar...

Por fin llegaba el gran momento, los amplios fiordos desafiantes suavizaron sus bordes para llegar al estuario del Shannon, donde las aguas dulces del río se fundían con las rebeldes aguas del océano atlántico.

Bran sintió el dolor acumulado del viaje en todo el cuerpo, se relajó y liberó la tensión. Notó el olor del salitre y oyó los graznidos de las gaviotas, miró la amplia línea del horizonte mientras mucha gente que no conocía se afanaba a su alrededor, las lágrimas bañaron su rostro, sollozó descontrolado, y después de un rato sintió una oleada que subía por su interior, primero una sonrisa, luego la risa, hasta que sus carcajadas, fueron tan sonoras que extrañaban a la gente a su paso.

“Van a creer que estoy loco”, pensó Bran, y bueno... que me importa lo que piensen.

Aún estuvo un buen rato allí riendo sin parar, hasta que se relajó y decidido, emprendió el regreso a casa...

Carmen Soteres